

SARAH M. EDEN



*El amor de  
Dafne*



Libros de  
*seda*

*Para Jewel, que leyó cada una de las encarnaciones  
de esta historia y me ayudó con destreza a decidir  
qué mantener, qué cambiar y qué fingir que,  
desde el principio, jamás había escrito.*

# Capítulo 1



*Londres, octubre de 1806*

**D**afne Lancaster se ocultaba entre las sombras de la terraza de su cuñado, espiando la presentación en sociedad de una joven de belleza incomparable. La reina del baile de aquella noche no era otra que su propia hermana mayor. Atenea siempre había sido deslumbrante de un modo inexpresable; sin embargo, a nadie le habían faltado nunca las palabras para describir cuán poco agraciada era Dafne.

El primer comentario de aquel tipo lo había oído en boca de la señora Carter cuando tenía seis años.

—Los Lancaster son una familia de aspecto encantador —le había dicho la señora Carter a su hermana—, excepto por la pequeña Dafne.

—Sí —había sido la firme respuesta—. Es una muchachita tímida. No tiene ni una pizca de la belleza de su madre, pobre niña. Me temo que no será gran cosa en lo que al aspecto se refiere.

Tras escuchar aquella conversación, había pasado un mes entero tratando de arreglar su falta de atractivo. Se había puesto lazos en el pelo y había sacado brillo a sus zapatos dos veces al día. Sin importar lo intenso que fuera su deseo de correr y jugar, había permanecido quieta y tranquila y, por lo tanto, impolutamente limpia y con buena presencia.

Unos meses después, la esposa del pastor le había señalado lo agradecida que debería sentirse por no poseer la belleza de sus hermanas, puesto que un poco de fealdad solía evitar que las jovencitas se volvieran demasiado

descaradas. Estaba segura de que la esposa de un pastor sabía de lo que hablaba respecto a ese asunto.

Después de aquello, había dejado de molestarse con los lazos, pero, en secreto, seguía deseando que alguien le dijese que se había convertido en una muchacha encantadora. Nadie lo había hecho nunca.

Ahora, con doce años, había aprendido a aceptar que nunca recibiría la atención que antaño había deseado. Era demasiado baja, demasiado fea, demasiado tímida e innecesaria.

Atenea, sin embargo, era todo lo contrario.

La mansión del duque de Kielder estaba repleta de vestidos bonitos y joyas resplandecientes. Las voces se colaban a través de las puertas de cristal, colmando el aire nocturno. La muchedumbre entraba y salía; nadie permanecía quieto.

Contemplar el baile de Atenea era lo más cerca que Dafne estaría de ser admirada por la alta sociedad. No era que deseara, realmente, que la aristocracia le prestase atención. Aunque nunca se lo había contado a nadie, en lo más profundo de su ser soñaba, deseaba y esperaba que alguien se enamorase locamente de ella.

«No seas tan sensiblera», se reprendió Dafne mentalmente. Toda su vida había sabido que, probablemente, acabaría siendo una solterona. «No eres bonita, pero eres práctica. Algo es algo».

Sin embargo, mientras contemplaba cómo Atenea encandilaba a los presentes, lo poco que tenía para ofrecer le parecía igual a no tener nada.

Se dio la vuelta, sintiendo cómo se desanimaba a cada momento que pasaba. Se apoyó en la baranda que recorría la terraza y alzó la vista hacia el cielo, suspirando de una forma más dramática de lo que habitualmente se permitía a sí misma.

—Y bien, ¿qué puede haber motivado un suspiro tan afligido? —Se puso rígida. La voz le resultaba desconocida. ¿Quién era aquel hombre que la había encontrado a solas en la terraza? Se volvió hacia él con cautela—. ¿La han desterrado a la habitación de los niños cuando anhelaba unirse a la fiesta? —preguntó él.

Efectivamente, le habían pedido que permaneciese en su habitación. Posó la mirada en el rostro del desconocido y le pareció que esta la atrapaba. Era muy joven, posiblemente tan joven como Atenea, que acababa de cumplir diecinueve años. Tenía unos ojos marrones preciosos, iluminados por un farol cercano. Los ojos de Dafne también eran marrones,

pero de un tono tristemente similar al del barro. Los de aquel extraño resplandecían con un brillo dorado que recordaba al cobre.

Se adentró en un rincón de la terraza desierta que quedaba a la sombra, sintiendo de forma abrumadora lo poco atractiva que debía de resultarle. Tan solo aquel caballero se había aventurado a ir hasta la terraza; si se escabullía, nadie más se enteraría de que había desobedecido las órdenes de Adam de quedarse en su habitación.

—No tema, gorrioncillo, no voy a delatarla. —El hombre le dedicó una sonrisa casi compasiva—. A veces, uno sencillamente necesita echar un vistazo a todo lo que se está perdiendo. —Hizo un gesto en dirección a las puertas, que estaban lo bastante lejos como para que no se pudiera ver lo que ocurría en el interior.

Parecía que entendía su necesidad de observar, de ver lo que solo había podido escuchar vagamente e imaginar con frustración.

El joven caballero se acercó de forma despreocupada hasta donde estaba; ella se adentró todavía más en su rincón. Había aprendido a encojerse y hacerse pequeña desde que era una niña.

—Supongo, gorrioncillo, que está usted emparentada con el duque o la duquesa, dado que parece ser una invitada en esta casa. —El gesto del caballero seguía siendo amable, aunque había adquirido un matiz de conspiración. Sintió cómo sus nervios se calmaban un poco—. He oído por ahí que todos los Lancaster reciben el nombre de personajes mitológicos griegos. Imagino, sin embargo, que usted no fue bautizada como Medusa. —Dafne negó con la cabeza, consciente de que estaba bromeando. Era una experiencia muy extraña—. Ah, sonrío usted, después de todo. —El brillo de su mirada se suavizó mientras hablaba—. Una hermosa jovencita como usted debe sonreír.

«Una hermosa jovencita». ¿De verdad había dicho que era hermosa? Nunca nadie lo había hecho antes, ni su padre ni ninguno de sus hermanos. Ni siquiera su querido Adam, con quien tenía una relación más estrecha de lo que suponía que ningún cuñado había tenido jamás con la hermana de su esposa, había llegado a decirle algo semejante. Aunque ninguno de ellos había hablado de forma desagradable o poco halagadora sobre su apariencia, no podía recordarlos llamándola hermosa.

—Ahora, a cambio de haberme mostrado su sonrisa, lo que empiezo a sospechar que no ocurre a menudo, voy a proporcionarle una información que estoy seguro de que encontrará crucial.

Dafne no había apartado la mirada de su rostro. Simplemente, no era capaz de retirar la vista. Quizá se quedara y hablara con ella un poco más. Si volvía a sonreír, tal vez le dijera de nuevo que era hermosa. La verdadera suerte sería que volvería a llamarla «gorrioncillo». No sabía decir por qué, pero le gustaba mucho el apelativo que había inventado para ella.

—En estos momentos, el duque de Kielder se dirige a las puertas a través de las cuales ha estado usted espiando el baile —le advirtió el joven caballero—. Si son sus órdenes las que está desafiando, sería buena idea que escapase antes de que su cruel excelencia descubra su fechoría. Como seguro que ya sabe, tiene una reputación notablemente siniestra.

Asintió. Conocía la reputación de Adam y sabía que se la había ganado a pulso. También sabía que, bajo aquella fachada, tenía un corazón amable y cariñoso. Sin embargo, no estaría contento de descubrirla en la terraza a pesar de sus instrucciones. Estaba demasiado acostumbrado a que le obedecieran en todo.

—Vuele lejos, gorrioncillo —dijo el joven caballero.

—Por favor, no le diga al duque que estoy aquí fuera. —Suplicó en un susurro; raras veces alzaba la voz.

—No está realmente en peligro, ¿verdad? —preguntó él; sus palabras estaban dotadas de preocupación genuina.

—No, pero se enfadará mucho conmigo.

—Le doy mi palabra de que no revelaré su secreto, y le aseguro que una promesa de James Tilburn es sagrada. —Una inclinación de cabeza del joven le hizo saber que aquel era su nombre.

Tenía la sensación de que decía la verdad, de que era alguien de confianza.

—Gracias, señor.

—No hay de qué.

Antes de regresar con lentitud al centro de la terraza, él le dedicó la más leve de las reverencias y una última sonrisa. Dafne le observó durante un instante interminable. James Tilburn. Grabó el nombre en su memoria. James Tilburn, que le había dicho que era guapa en lugar de ignorarla sin más. James Tilburn, que la había llamado «gorrioncillo» y había hablado con amabilidad a una jovencita a quien, por lo general, todos desestimaban tras el primer vistazo.

Él no volvería a dedicarle un pensamiento. Desde luego, era probable que ya la hubiera olvidado. Ella, por otra parte, supo que siempre atesoraría su recuerdo.

Perdida en sus pensamientos, Dafne se coló en la biblioteca vacía y subió las escaleras traseras hasta su habitación. Probablemente, en los días y semanas que la esperaban descubriría que su mente regresaba al joven una y otra vez. Tal vez volviera a verle, o escuchara hablar de él en las conversaciones de aquellos que la rodeaban.

«Algún día —se dijo a sí misma—, me encantaría casarme con un caballero que fuese exactamente como James Tilburn».



James retrasó su regreso al salón de baile todo lo posible. Con tan solo dieciocho años, no encajaba en ningún sitio. Era muy joven para ser un pretendiente, todavía más joven para relacionarse con las matronas y los caballeros más veteranos, y demasiado mayor para quedarse en casa, donde preferiría estar.

Su padre, el conde de Techney, tenía opiniones muy firmes sobre los deberes de su heredero: asistir a los eventos más notorios de la alta sociedad, estudiar en Oxford, no en Cambridge, pertenecer a cualquier club de caballeros que aceptase la solicitud de una familia que solo había empezado a formar parte de la nobleza dos generaciones atrás, conducir con precisión, ser habilidoso en el manejo de sus finanzas y mortal con el acero. Lord Techney no permitía que su hijo participase en las decisiones sobre sus actividades o su futuro.

En el salón de baile de Falstone House, la pieza que había estado sonando llegó a su fin. James recordó a la jovencita diminuta y de cabello oscuro a la que había encontrado espionando en la terraza. Se coló casi en completo silencio en una sala adyacente, de camino, sin lugar a dudas, a su habitación. Esperaba que la pobre niña lograra escapar de la ira de su anfitrión. ¿Cómo de íntima sería su relación con el duque aterrador? Si la obligaban a estar en su presencia a menudo, no era de extrañar que pareciera tan tremendamente tímida. Estaba seguro de que muy pocas personas habían sido obsequiadas con la visión del adorable hoyuelo de su sonrisa.

Con resignación, volvió a sumergirse entre la muchedumbre. Había momentos en los que deseaba de todo corazón poder desaparecer con tanta facilidad como lo había hecho aquella jovencita; temía que, en algún momento, su padre acabase encontrando la forma de controlarlo por completo.

## Capítulo 2



*Londres, abril, seis años después*

**D**eseaba verme, padre? —James estaba en la puerta de la biblioteca de su padre, pero no tenía ni idea de por qué le había —¿mandado llamar, ya que nunca requería su presencia a menos que necesitara que hiciese algo incómodo o desagradable.

—Siéntate, Tilburn.

Siempre se dirigía a él con su título de cortesía y jamás dejaba entrever ningún atisbo de afecto paterno. El hombre hizo girar su anillo de sello en torno al dedo meñique. James reconoció aquel gesto petulante: algo había provocado que su padre se sintiera excepcionalmente satisfecho consigo mismo, lo cual nunca era un buen presagio. Los labios de su progenitor se curvaron en una sonrisa complacida.

—El duque de Kielder me ha citado en su casa esta tarde.

Los pulmones de James dejaron de funcionar de golpe. En todo el reino, ningún hombre suscitaba un miedo tan paralizante como el duque. Su presencia en cualquier evento llevaba a la alta sociedad a quedarse helada de puro asombro. La mera mención de su nombre hacía que los caballeros, tanto viejos como jóvenes, se echaran a temblar. Por lo general, no se consideraba que una cita con el duque aterrador fuese un giro afortunado de los acontecimientos. Su padre siguió dando vueltas al anillo de sello con el rostro encendido por una expectación entusiasta.

—Su excelencia ha admitido sentirse impresionado por nuestra familia.





James dudaba mucho que aquello fuera cierto. Nadie con semejante posición podría sentirse maravillado por la familia de un conde poco conocido cuyo bisabuelo no había sido más que un pequeño propietario de tierras en un rincón insignificante de Lancashire.

—Habló muy bien de nosotros. De hecho, habló muy bien de ti; aunque estoy seguro de que no comprendes lo importante que es eso. —Su padre se inclinó sobre el escritorio; sus ojos, fijos en él, mostraban un regocijo incipiente—. Esta es tu oportunidad, Tilburn. Has captado la atención de un hombre que tiene a la alta sociedad en la palma de la mano. Su aprobación puede llevar hasta al más humilde de los nobles a posiciones de significativa influencia.

Le importaba muy poco la opinión superficial e inconsistente de la *crème de la crème* de la alta sociedad. Iba a Londres durante la temporada y, hasta cierto punto, participaba en el tumulto social, pero siempre se había centrado en cultivar su posición en los círculos políticos. Cuando, en el futuro, tomase el título de su padre, deseaba ser capaz de desempeñar sus obligaciones parlamentarias con cierto grado de competencia. Que hubiese encontrado su lugar, por humilde que fuese, entre los miembros de la alta sociedad y hubiese recibido invitaciones para algunos eventos era agradable, pero no crucial para su felicidad.

—Su excelencia me hizo una sugerencia —añadió su padre, sin percatarse de su falta de entusiasmo—. Yo, por supuesto, la acepté en tu nombre.

Un nudo de aprensión comenzó a formarse en el estómago del joven.

—¿Qué es lo que ha sugerido exactamente?

—Me habló de su cuñada, esa muchacha tímida cuyo nombre nadie consigue recordar nunca. —Era cierto que no podía ponerle nombre a la joven dama. Por más que lo intentara, ni siquiera podía recordar sus facciones—. Posee una dote de veinte mil libras, y está relacionada con las mejores familias del país.

—Es muy afortunada. —No podía pensar en nada más que añadir. Por todos los santos, ¿por qué le estaba hablando del caché social de una dama que no tenía ninguna relación con ellos?

—Sugirió que podrías mostrarle ciertas atenciones.

Desde luego, era una petición extraña.

—No lo entiendo.

—Pocas veces lo haces —contestó el conde con sorna—. Esa jovencita se ha presentado ante la reina y pronto debutará en sociedad. A diferencia de su hermana mayor, su próximo debut no ha causado demasiada

expectación o entusiasmo. Según se dice, es bastante poco agraciada y se siente incómoda en compañía de otros. Sus relaciones evitarán que sea un completo desastre, pero sus defectos harán que a su excelencia le resulte más difícil casar a la chica de lo que le gustaría. Desea facilitarle el debut al pedirte que vayas a visitarla, que la cortejes.

—¿Quiere que la corteje?

Estaba seguro de que su excelencia no había querido decir aquello. El fervor ardía en los ojos de su padre: sin duda, ya había empezado a calcular lo bien que aquello le vendría a la posición de la familia Tilburn. Su heredero sería visto en compañía del duque de Kielder y, probablemente, encontraría la manera de que a él también se le incluyera. Ni siquiera los enclenques niños que trabajaban escalando y deshollinando las chimeneas de todo Londres podrían jactarse de tener las mismas ansias de ascender que el conde de Techney.

A James, la idea de que aquella jovencita sin nombre y sin rostro fuese un medio para los fines sociales de su padre le gustaba tan poco como la forma insensible en la que, al parecer, el conde y el duque habían hablado de ella. Pero ¿cómo podía librarse de aquello cuando sabía que, para su padre, nada era más importante que trepar por los peldaños de la alta sociedad?

—Ha dicho que no era un mandato, sino una sugerencia.

—Su excelencia no hace sugerencias. —La mirada incisiva de su padre confirmó lo que había escuchado sobre el duque aterrador—. Desea que formes parte del debut de su cuñada esta temporada, y así será. Es probable que Kielder esté cada vez más decidido a evitar el desastre. —Estaba tomándose muchas confianzas al referirse al duque de un modo tan informal; James dudaba que tuviese permiso para hacerlo—. Su invitación te ha otorgado una oportunidad excepcional, le ha otorgado una oportunidad a esta familia, y sacarás partido de ella.

No. Negó con la cabeza ante lo absurdo de todo aquello. Su padre debía de haberlo malinterpretado.

—Puedo entender que el duque desee asegurarse de que la joven tiene parejas de baile en la próxima fiesta o de que alguien se acercará a su palco en el teatro, pero ¿por qué se arriesgaría a que aparezca un pretendiente que, inevitablemente, no va a estar a la altura?

El hombre apoyó los codos sobre el escritorio.

—No creo que vaya a arriesgarse a eso. Si eres consciente de la oportunidad que te ofrece y pretendes cortejar a la chica con seriedad, estoy

seguro de que su excelencia espera que «estés a la altura». Sin embargo, si no piensas aceptar la totalidad de su oferta y tan solo buscas hacer un poco más fácil su entrada en la alta sociedad gracias a tu amistad y tus atenciones, te pedirá que seas muy prudente y no le crees expectativas.

—Es un camino que hay que recorrer con pies de plomo. —Era demasiado arriesgado para su gusto.

Su padre asintió con firmeza:

—Pero, aun así, lo harás. Esta familia ha permanecido en las sombras durante demasiado tiempo. El duque y yo hemos servido en el Parlamento durante toda su vida adulta; ambos nos hemos establecido en Londres cada temporada, y en todo este tiempo apenas ha hecho nada más que percatarse vagamente de mi existencia.

James y su excelencia habían hablado en varias ocasiones sobre asuntos del gobierno y revueltas internacionales. Sus tendencias políticas eran similares, quizá incluso idénticas. De ningún modo diría que eran amigos, pero tampoco eran completos desconocidos. Si su padre había fracasado en dejar huella en la memoria del duque, no era culpa de su hijo.

—Es desafortunado que sus ambiciones no hayan dado fruto, padre. También lamento que la joven vaya a comenzar su debut bajo semejantes expectativas, pero no deseo aceptar la tarea que me han presentado. Opino que es un papel con demasiados inconvenientes.

Se puso en pie. Su padre permaneció tranquilo, sereno.

—Kielder espera que vayas a tomar el té mañana, durante la primera reunión que va a ofrecer esta temporada.

—Sencillamente, tendrá que informarle de que ha hablado usted por mí antes de tiempo.

James le ofreció una inclinación de cabeza antes de dirigirse hacia la puerta.

—¿De verdad vas a rechazar esta oportunidad? —La sorpresa del hombre no podría haber sido más aparente en su tono de voz—. ¿Por qué demonios quieres hacer algo tan descabellado?

Él permaneció en su sitio, a pocos pasos de la puerta, pero se volvió para enfrentarse a su padre.

—Me está pidiendo que mienta. Eso es algo que me niego a hacer, incluso por usted.

—No te he pedido nada semejante.

—Es exactamente lo que ha hecho. —Quizá no había utilizado el término preciso, pero aquella pantomima no dejaría de ser una mentira—.

Me ha pedido que me dirija a esa joven dama, a la que no conozco y de la que ni siquiera puedo recordar su aspecto, y finja que ha captado mi atención. Cada momento que pasase con ella estaría basado en una mentira.

Su padre soltó un suspiro corto e irritado.

—Desde luego, sería así si aparecieras en su puerta, profesaras tu amor eterno hacia ella y dijeras que es la respuesta a todas tus plegarias. —Mientras hablaba, se levantó y se acercó hasta llegar casi adonde estaba él—. No te estoy pidiendo que hagas eso. Visítala, Tilburn. Conócela. Invítala a un paseo a caballo por el parque, o quítate el sombrero ante ella si la ves cuando esté de compras o tomando un sorbete. No son mentiras, son meras atenciones sociales.

Si bien tenía razón, la idea le seguía pareciendo poco honesta.

—Son atenciones que jamás hubiera decidido mostrar, en las que ni siquiera hubiera pensado. —¿Cómo podía expresar con claridad su incomodidad cuando él mismo era incapaz de dar con el quid de la cuestión?—. No tenemos relación con esa familia; están completamente fuera de nuestro alcance.

—Y, aun así, el duque ha considerado conveniente acortar la brecha que nos separa. Ha llegado al punto de abrirte la puerta para unirme no solo a su círculo sino, en caso de que aceptes la invitación, a su familia.

James se apoyó contra la pared más cercana a la puerta, con su padre a apenas unos metros de él.

—Esto no me gusta.

—No estoy insistiendo para que te cases con la cuñada de Kielder y, en realidad, él tampoco insiste en ello. Ha concebido la posibilidad. Incluso el más mínimo cumplimiento de su petición implicaría poco más que ser amigo de alguien que está muy necesitado de uno. Esa es una buena obra, ¿no? —Aquello era inusualmente amable por parte del conde, que, por lo general, ignoraba a quienes pensaba que merecían ser desatendidos—. Seguro que eres lo bastante caballeroso como para no darle la espalda a una dama en apuros.

No podía discutirle eso, pero seguía teniendo dudas.

—Todavía hay algo en todo esto que no me gusta.

Su padre se dirigió al aparador y abrió un decantador de jerez.

—No nos corresponde juzgar negativamente lo que el duque de Kielder ha decidido que es bueno.

—¿Está seguro de que no está confundiendo a su excelencia con el Todopoderoso?

—Conozco las diferencias, Tilburn. Uno posee un poder ilimitado, porta en sus manos el destino de las naciones y es temido universalmente tanto por los santos como por los pecadores. El otro es...

—El Todopoderoso —contestó James con retintín. Conocía bien aquella broma; la había escuchado en diferentes versiones durante años—. Tal vez ustedes no tengan reparos sobre este arreglo, pero ¿qué hay de la señorita Lancaster? ¿No merece opinar al respecto?

El hombre se sirvió un poco del licor de color ambarino.

—No puede ignorar cómo funciona la alta sociedad, y debe de ser consciente de cuán inadecuada resulta para la tarea que se le presenta. Sin duda, su cuñado habrá reclutado a muchos jóvenes para que sean sus amigos. No arengará a las tropas sin que ella lo sepa.

—Suenas como una persona fría y calculadora. —No le gustaba en absoluto la imagen que le estaba presentando de ella.

—¿Quién no lo es entre los peldaños más altos de la sociedad? —Su padre se encogió de hombros y le dio un trago a su bebida—. Nos guste o no, así son las cosas. Si deseamos formar parte de los círculos más eminentes, debemos conocer las reglas del juego.

James negó con la cabeza.

—Ese no es un juego al que desee jugar.

Su padre se dirigió hacia una de las ventanas altas con el vaso todavía en la mano.

—Yo tampoco lo deseo. —Hasta entonces, James nunca le había oído decir aquello—. Sin embargo, no puedes entender las dificultades a las que me he enfrentado debido a la falta de prestigio de nuestra familia. Algunas cosas, cosas importantes, solo pueden conseguirse con las relaciones adecuadas. Aquellos que tienen posiciones de riqueza e influencia pueden abrir puertas que para otros permanecen cerradas.

—¿Qué puertas de importancia han permanecido realmente cerradas para nosotros, padre? —Aquella era una queja habitual: la había escuchado durante toda su niñez. En realidad, siempre había creído que era así hasta que había viajado a la ciudad y comprobado por sí mismo cómo eran las cosas en realidad—. Puede que no nos inviten con demasiada asiduidad a los salones de la reina o a los bailes y entretenimientos más exclusivos, pero no nos han negado la membresía de nuestro club y, durante la temporada, recibimos más invitaciones de las que podemos aceptar. Con un asiento en la Cámara de los Lores, nuestra familia tiene la oportunidad de decidir sobre el futuro del reino.



—Por supuesto, su padre raras veces asistía a la Cámara de los Lores; esa era precisamente la razón por la que él sentía la necesidad de relacionarse con los líderes de los partidos y quienes elaboraban las leyes. Algún día, el asiento abandonado de los Techney sería suyo—. No son cosas insignificantes, padre.

Sin embargo, el conde ya había comenzado a negar con la cabeza.

—No vienes lo suficiente a la ciudad ni eres lo bastante mayor como para recordar las limitaciones de nuestra posición, que son muy reales.

—No somos de la realeza —le recordó James—, claro que nuestra posición tiene límites.

—Tu madre procede de la alta burguesía —dijo el hombre.

—Sí, lo sé. Una familia muy respetable.

Su padre dio otro trago a su bebida.

—Respetable, sí, pero a los ojos de la aristocracia, prácticamente irrelevante. No fue criada en la alta sociedad y no tiene conocidos en ella. Sus dos primeras temporadas en la ciudad fueron tras nuestro matrimonio. No contaba con una sola amiga entre las damas de la flor y nata, organizaba fiestas en casa a las que nadie asistía y jamás recibió invitaciones para Almack's. Aunque yo era el posible sucesor de un conde, no tenía el estatus necesario para facilitarle el camino.

A James se le rompió el corazón al pensar en su madre, tan discreta y sensible, soportando tales humillaciones. Se tomaba los problemas muy a pecho y se sentía dolida con facilidad.

Su padre vació el contenido del vaso.

—Evita Londres como si aquí todavía existiera la peste. —Negó con la cabeza—. Nunca he conseguido convencerla para que regrese, aunque no puedo culparla. La puerta de la alta sociedad permanece cerrada para ella, y ni tú ni yo tenemos la capacidad de abrirla.

—Madre no ha vuelto a la ciudad desde antes de que yo empezase a venir, y de eso hace seis años. —James siempre había supuesto que, sencillamente, no le apetecía dejar su casa.

—No ha visitado la ciudad desde hace veinte años, Tilburn. La mera idea de hacerlo le provoca el llanto. —El hombre dejó la copa en la repisa de la ventana, con la mirada perdida en la calle empedrada de abajo.

—Siempre supuse que no venía porque suele estar delicada de salud.

—No seas mentecato. Su salud poco fiable debería haberla empujado a la ciudad. Aquí tendría acceso a los mejores médicos y cuidados, pero aun así se mantiene alejada. ¿Por qué crees que lo hace? —James había



aprendido hacía mucho tiempo a reconocer cuándo le estaban planteando una pregunta retórica. Ya no se molestaba en malgastar energías para contestar—. No es capaz de soportar el rechazo o la soledad. Yo he intentado convencerla de que venga. ¿Qué has hecho tú, su hijo mayor, para allanarle el camino?

—¿Qué podría haber hecho? No sabía nada sobre esto.

Su padre lo contempló con frialdad.

—¿Y ahora que ya lo sabes? Contar con el amigo adecuado, incluso un solo amigo con influencia, supondría una gran diferencia.

James se alejó un poco, con la mente llena de revelaciones, posibilidades y preguntas.

—¿El duque le allanaría el camino?

No, aquello no podía ser. Todo el mundo sabía que aquel hombre despreciaba, en general, a todo el mundo.

—El duque no; la duquesa. Ella misma tiene orígenes humildes, pero se hizo un nombre entre la aristocracia por su cuenta. Es poco probable que menospreciase a tu madre por haberse casado por encima de sus posibilidades. Su excelencia podría susurrar una o dos cosas en los oídos correctos y tu madre tendría los aliados que necesita.

James se apoyó en el respaldo alto de la silla en la que se había sentado poco antes. Nunca había pensado demasiado en el aislamiento de su madre en el campo; siempre había insistido en que no deseaba viajar a la ciudad, y él le había tomado la palabra. ¿De verdad había estado evitando la ciudad todos aquellos años a causa de la humillación o de la falta de amistades? Debía de haber deseado unirse a él cuando hacía su viaje anual a Londres. Había necesitado visitar a médicos competentes. Si él lo hubiera sabido, podría haber hecho algo.

Pero ¿qué podría haber hecho? Casi todas sus amistades eran no solo políticas sino mayoritariamente masculinas; aunque, siendo un soltero que iba a heredar un título y que contaba con una pequeña pero respetable fortuna esperándole, sí recibía invitaciones para un buen número de bailes y veladas. Muchas de las madres casamenteras de la ciudad lo veían como un partido decente para sus hijas, siempre y cuando no apareciese alguien de mayor rango. Sin embargo, no creía estar lo bastante solicitado como para garantizar que se enviaran invitaciones a nombre de su madre para tomar el té o asistir a los eventos para las damas.

«No tienes la capacidad de abrir esas puertas».

—El duque te ha brindado la oportunidad de ayudar a tu madre, de darle a probar un pedazo de la alta sociedad; una amiga o dos. En Londres podría recibir los cuidados de un médico. Podrías mejorar su vida por completo y, aun así, te niegas a hacerlo porque te resultaría incómodo. —La reprimenda de su padre acertó en la diana—. ¿De verdad eres tan insensible?

Con algo similar a un presentimiento, James se dio cuenta de que el conde tenía más razón de lo que había creído. Tenía la oportunidad de hacer algo por su familia, pero se estaba negando. Estaba seguro de que podía encargarse de algo tan sencillo como cultivar la amistad de una jovencita. Su cuñado había sugerido un cortejo, pero, al parecer, en realidad no requería uno.

—¿Debo fingir que me presento por voluntad propia?

La posible falta de franqueza era la única parte del acuerdo que realmente le incomodaba. Sería muy prudente con sus atenciones, de modo que nadie que les observase pudiera pensar que la estaba cortejando de verdad. Aun así, simular una conexión entre ellos cuando esta no existía no era precisamente honesto.

—No puedes llegar a su casa declarando que solo te presentas porque el duque te ha obligado a hacerlo. —Su padre negó con la cabeza con evidente desaprobación—. Si bien puede que esa sea la verdad, sería muy poco caballeroso decírselo a una dama.

James se permitió sonreír. Aunque, en realidad, la conversación no había sido amistosa, porque con su padre nunca lo eran, era una mejora con respecto a la mayoría de las que mantenían.

—No sé si yo lo hubiera explicado con esas palabras.

—Espero que no. —El hombre hacía oscilar su vaso con gesto ausente—. No tienes que fingir que sois los mejores amigos. Encuentra un equilibrio que te satisfaga.

Por un instante, su determinación vaciló, pero entonces pensó en su madre, que estaba sola en Lancashire. Ni siquiera Bennett, el hermano pequeño de James, se había quedado para hacerle compañía, pues tenía una hacienda propia, aunque esta estuviera realmente destartalada. Con las amistades adecuadas era posible que, algún día, su madre volviese a la ciudad en lugar de quedarse sola. Tal vez, al fin, recuperase la salud.

—Si tengo cuidado, es posible que pueda recorrer ese camino —dijo. Su padre comenzó a darle vueltas una vez más al anillo de sello y dejó caer una mano firme sobre su hombro.



—Una decisión sabia, Tilburn. La cuñada de Kielder se beneficiará de tu ayuda y tú conseguirás un buen grupo de nuevos conocidos. Con el tiempo, puede que tu madre se beneficie también de tus acciones.

Asintió. En realidad, pasar algo de tiempo con una dama a quien apenas conocía no era pedirle demasiado. Y si tanto el duque como su cuñada conocían el motivo de sus atenciones, no estaría engañando a nadie.

«Esto va a salir bien. Saldrá bien».

Eso esperaba.